



OPINIÓN

DESPUÉS DE LA PANDEMIA

Apple contra OpenAI: la guerra por el próximo iPhone

**Enrique Dans**

Publicada 15 julio 2026 02:26h

La demanda de Apple contra OpenAI no es simplemente otro episodio de la eterna batalla por la propiedad intelectual en Silicon Valley: es, sobre todo, una señal.

Cuando Apple decide sentar en el banquillo a una empresa con la que hace apenas dos años se estaba asociando para integrar ChatGPT en el iPhone, lo que está diciendo no es únicamente **“me han robado secretos”**: está diciendo “eso que están construyendo puede afectar al centro mismo de mi negocio”.

La acusación, por ahora, es solo eso: una acusación. Apple sostiene que OpenAI, a través de antiguos empleados de Cupertino, habría obtenido **información confidencial** sobre diseños, componentes, procesos de fabricación, proveedores y prototipos no anunciados.

La demanda apunta a Tang Tan, veterano de Apple durante veinticuatro años y ahora responsable de hardware en OpenAI, y a Chang Liu, al que acusa de haber descargado documentos internos desde un portátil corporativo no devuelto.

OpenAI lo niega.

Habrà que ver qué puede probar cada parte, porque una cosa es contratar talento (algo perfectamente legal, y especialmente en California, en donde no existen los acuerdos de non-compete) y otra muy distinta obtener y **utilizar documentación o prototipos confidenciales.**

El iPhone no es un teléfono: es el punto de control de la vida digital para mucha gente

Pero el interés estratégico del caso no está en el morbo judicial, sino en lo que revela sobre la evolución de la industria. Durante años, Apple ha controlado la relación con el usuario mediante una combinación prácticamente imbatible de hardware, sistema operativo, tienda de aplicaciones, servicios, identidad, pagos y privacidad. **El iPhone no es un teléfono: es el punto de control de la vida digital para mucha gente.**

OpenAI, en cambio, nació como una compañía de modelos, después se convirtió en una compañía de producto con ChatGPT, y ahora parece querer convertirse en una

compañía de interfaz. Pasar del software al hardware significa dejar de depender de la pantalla, del navegador, de la app store y, en última instancia, de Apple.

Ahí está la verdadera guerra: OpenAI no necesita fabricar “**otro teléfono**”, y de hecho, probablemente sería un error intentarlo. Lo que necesita es un dispositivo que convierta la inteligencia artificial en una presencia ambiental, permanente, multimodal y personal: algo que vea, oiga, recuerde, interprete y actúe sin obligarnos a abrir una aplicación.

Puede ser un wearable, un objeto de sobremesa, un colgante, un auricular, una cámara o una categoría todavía difícil de nombrar. Si funciona, desplazaría el centro de gravedad desde el smartphone hacia el agente personalizado. Y si el agente se convierte en la interfaz, **el sistema operativo pasa a ser infraestructura, no destino.**

Para Apple, ese escenario es existencial. La compañía puede permitirse llegar tarde a muchas cosas, porque su base instalada, su integración vertical y su marca le dan un margen enorme.

Pero no puede permitirse que la próxima interfaz dominante nazca fuera de su control. Por eso su respuesta combina tres movimientos: integrar modelos externos como ChatGPT cuando le conviene, desarrollar su propia Apple Intelligence bajo su narrativa de privacidad y control, y cerrar filas cuando percibe que alguien intenta utilizar su conocimiento acumulado para construir una alternativa.

Es una estrategia defensiva, sí, pero no necesariamente débil. Apple ha convertido muchas veces la prudencia en ventaja competitiva.

OpenAI afronta el problema opuesto: tiene la tecnología más visible, la marca más asociada a la inteligencia artificial generativa y una capacidad extraordinaria para atraer talento y capital, pero no controla el acceso cotidiano al usuario. Depende de Microsoft, de los navegadores, de los sistemas operativos móviles y de dispositivos diseñados con otra lógica.

Su adquisición del estudio de Jony Ive, io, fue una forma de comprar una posibilidad de emancipación: diseño, conocimiento industrial, cadena de suministro y experiencia en fabricar objetos que la gente quiere llevar encima

suministro y experiencia en fabricar objetos que la gente quiere llevar encima.

Desde el punto de vista estratégico, estamos ante una transición clásica de complementariedad a sustitución. Primero, Apple y OpenAI se necesitaban: Apple necesitaba una respuesta rápida a la presión de la inteligencia artificial, y OpenAI necesitaba **distribución privilegiada** en la plataforma más valiosa del mundo. Después, esa complementariedad empezó a generar dependencia y desconfianza.

Y finalmente, cuando OpenAI decidió explorar hardware propio, dejó de ser proveedor y pasó a ser amenaza potencial. La historia empresarial está llena de alianzas así: socios que colaboran mientras el mercado se define y se enfrentan cuando aparece un nuevo punto de control.

El desenlace judicial importa, pero quizá no tanto como parece. **Si Apple logra una medida cautelar, puede retrasar el calendario de OpenAI** y obligarla a reordenar su equipo, sus proveedores y sus procesos.

Si no la logra, OpenAI saldrá reforzada y podrá presentarse como víctima de una Apple defensiva. Pero incluso si Apple gana parte del caso, no podrá impedir que el talento circule ni que la inteligencia artificial busque un cuerpo propio.

Y aunque OpenAI gane, todavía tendrá que demostrar algo más difícil que ganar una demanda: que **puede fabricar un dispositivo útil, deseable, fiable, privado y producido a escala.**

La pregunta no es si Apple o OpenAI tienen razón en un escrito judicial, sino quién controlará la próxima conversación entre las personas y la tecnología. Durante quince años, esa conversación ha pasado por **una pantalla táctil diseñada en Cupertino.**

La inteligencia artificial promete que dejemos de tocar pantallas para empezar a delegar intenciones. Si eso ocurre, el ganador no será quien tenga el mejor modelo ni quien tenga el mejor dispositivo, sino quien **consiga convertir ambos en una experiencia cotidiana, confiable y casi invisible.** Esa es la batalla.

Y por eso Apple ha demandado a OpenAI: porque alguien podría estar intentando escribir el capítulo que viene después del iPhone.

******Enrique Dans es Profesor de Innovación en IE University.***

 NEWSLETTER - INVERTIA

Cada mañana la apertura de mercados y las noticias que marcarán la agenda económica

Correo electrónico

APUNTARME

☐ De conformidad con el RGPD y la LOPDGDD, EL LEÓN DE EL ESPAÑOL PUBLICACIONES, S.A. tratará los datos facilitados con la finalidad de remitirle noticias de actualidad.

MÁS EN OPINIÓN

Ética y IA-generativa: ¿entre centauros y 'cybors'?

José Ramón Pin Arboledas



La eterna demagogia presupuestaria y electoral

Lorenzo Bernaldo de Quirós



El programa económico que necesita España. Crecer en vez de engordar

Daniel Lacalle



Riqueza inmobiliaria mundial 2026

Gustavo Rivero

